

—siguió diciendo,—porque el señor Guerrero entre en el pleno goce de su estómago, y porque los demás no salgan de él.

—¿Del estómago del señor Guerrero?—preguntó riendo el Presidente de la Cámara;—primero fuera entrar, y por mi parte nones.

La salida del Presidente fué festejada con carcajadas; el general López contestó sin turbarse:

—¡Hombre, no sea usted malo! Bien sabe lo que quise decir: que mi fino amigo Guerrero recobre la salud del estómago, y que nosotros no *piérdamos* la salud de nuestros respectivos y correspondientes estómagos. ¿Se entendió ahora?

—Más claro no canta un gallo,—dijo sentenciosamente el Ministro.

Siguióse luego acompasada y uniforme inclinación de cabezas, oyóse el retintín de las copas que chocaban, vióse el movimiento de los brazos que acercaban cada copa á cada boca, notóse un gesto más ó menos marcado en todas las fisonomías, y después el movimiento de cada uno para limpiarse los humedecidos labios.

El Presidente chasqueó varias veces la lengua, diciendo que no estaba malejo el coñacuelo; agregó el Gobernador, que no sólo no estaba malejo, sino que á él le parecía más que medianamente regularón, y que, con permiso del amable y maduro Ganimedes, él pedía repetición.

—¿Qué está diciendo, Gobernador?—dijo el Presidente.

—¿Ganimedes con esa facha? Llámeme usted Vulcano, y no andará lejos.

—Lo digo por las funciones que desempeña,—contestó el aludido.

—Ya sabemos que el único buen mozo que hay aquí es usted, exceptuando al señor Robles,—dijo López, dirigiéndose al Presidente de la Cámara, mientras volvía á llenar la copa del Gobernador.

—¡Caramba! Esto regenera,—exclamó éste después de vaciar la nueva copa.—¡Qué diablo! Como siento que no esté aquí mi secretario, que tiene un surtido de dichos *chullosimos*, para que me diera uno para celebrar las excelencias de este bebestirajo.

—No es absolutamente necesario para eso la presencia del apreciable secretario de usted, cuya ausencia también lamento yo,—dijo López,—porque aquí están las nueve musas.

El Gobernador no pudo reprimir un gesto de asombro, pues no comprendía dónde podían estar aquellas honorables damas; pero López, que era cortesano finísimo, no quiso darle tiempo á que hiciese alguna pregunta indiscreta, y se apresuró á agregar:

—Si no en carne y hueso, las tenemos á lo menos dignamente representadas por estos tres inteligentes jóvenes, cada uno de los cuales vale por tres musas.

—¡Mil gracias!—dijo Robles, y se encorvó tanto que por poco besa la mesa.

—¡No tanto!—dijo Torres inclinándose un poco menos. Pacotillas nada dijo.

—Celebro saberlo,—dijo el Presidente de la Cámara, y viendo á los jóvenes con aire burlón, añadió:—¿Y cuál de ellos representa á Terpsicore?

—Yo pudiera representarla,—respondió Pacotillas con exaltación,—si desempeñando ciertos puestos públicos, hubiera aprendido á bailar en la cuerda floja.

—Lo aplastó,—murmuró el Ministro al oído de López.

El Presidente se sintió herido por la pulla, y más que nada por la poca representación del que la lanzaba, pero como hombre de mundo, le pareció mejor tomarla á broma, y celebrar la ocurrencia.

—Bien dicho, joven, es preciso ser muy saltimbanqui para desempeñar ciertos puestos; se necesita no perder los pies, ni la cabeza, ni la amabilidad: ¿verdad, mi General López?

—Corroboro,—contestó éste haciendo un gesto amable. —Ya están los palos,—agregó,—vamos á probar la mesa; —y, dirigiéndose al cajón de las bolas, cogió una de mediano tamaño, y tomándola con ambas manos, la presentó al Ministro, encorvándose graciosamente, como si éste fuera una dama y el General le ofreciera una flor.

—Rompa usted los fuegos, señor.

El Ministro tomó la bola y se dispuso á tirarla, echó el pie derecho hacia adelante, balanceó el cuerpo, miró los palos de hito en hito, y lanzó la bola.

Esta rodó con gran rapidez sin desviarse en nada de la línea media, y al llegar á los palos, oyóse un golpe seco; los seis de enmedio habían sido derribados, quedando en pie dos á la derecha y dos á la izquierda.

—¡Callejón!—dijo el Ministro desdeñosamente,—¡mala bola!

—¡Que callejón!—dijo López,—calle ancha, gran vía, admirable, por poco hace chuza; á ver qué guapo echa

abajo los dos palos de la derecha. Vamos, señor Gobernador.

—Yo no veo bien,—dijo éste,—necesito alumbrarme, —y se sirvió una nueva copa de coñac; entonces con aire resuelto y fanfarrón tomó la bola más grande, la sopesó varias veces, y, sosteniéndola en la palma de la mano derecha, recorrió con la de la izquierda la lisa superficie.

—¡Van á ver qué tiro!—exclamó,—conque los de la derecha ¿eh? pues á ellos, y apuesto;—y, sosteniendo en la mano izquierda la enorme bola, introdujo el índice y el pulgar de la mano derecha en el bolsillo del chaleco, y sacó una onza de oro que arrojó al suelo, donde rodó vibrante y deslumbradora.—¿Quién casa?—preguntó con aire de desafío.

—Sería robar,—murmuraron el Presidente y el Ministro,—yo no.

—Nadie lo obliga,—dijo López,—y el que por su gusto pierde... De modo que yo sí,—y, sacando del bolsillo otra onza, tan sonora y reluciente como la primera, la arrojó cerca de ella y exclamó:—¡Casado!

El Gobernador lanzó la bola con tan mala fortuna, que á la mitad de su carrera se salió de la mesa, y con tanta fuerza que llegó saltando hasta el sitio en que estaba el pobre criado, al que por poco perniquebra; mas el infeliz, brincando con presteza, evitó la acometida de la furiosa esfera.

—¡Bravo, Gobernador!—exclamaron el Presidente y el Ministro, riendo á carcajadas.—De seguro no se alumbró usted bastante,—dijo el Ministro;—mis plácemes,

señor López, —agregó; —nunca ha ganado usted más visto.

—Doy desquite, —contesto éste; —ahora yo me encargo de echar al suelo los dos palitroques de la derecha, y van las dos onzas: ¿quién acepta?

—Yo desde luego, —dijo el Gobernador, y sacó otras dos relucientes monedas.

—Y yo, —dijo el Ministro, deseoso de ganarle al ganancioso; y sacó otros dos áureos discos, que lucieron cerca de los otros.

—Y yo, y yo, —dijeron Guerrero y el Presidente de la Cámara, arrojando al suelo sus respectivas apuestas.

López esperaba con aire tranquilo que se realizasen las posturas. Los diez círculos, brillantes é iguales, formaban en el suelo áurea y radiante constelación, que hubiera deslumbrado los ojos de un avaro. Los jóvenes miraban con avidez, sorprendidos de tanta magnificencia.

—Ahora sí que puedo decir, que tengo una bola de oro en las manos, —dijo López, disponiéndose á tirar.

—¡Alto! —dijo el Gobernador; —diga lo que quiera, pero case.

—¡Voy á hacerlo, mi querido compañero! —Y sosteniendo la bola en la mano siniestra, registró con la derecha el bolsillo de su chaleco, sacó tres onzas, las arrojó al suelo, y dijo contrariado: —¡Diablo! Van á hacer saltar la banca; no tengo más oro.

—¡Pues aunque sea plata! —dijo el Gobernador.

—¡Paciencia, compañero! —dijo el General un poco picado, —jamás defraudo. No será plata, será papel, que es menos voluminoso.

Y dejando en el suelo la oscura bola, introdujo la mano derecha en el bolsillo interior de su *jaquet*, sacó una magnífica cartera de piel de Rusia, y extrajo de ella tres sobados y sucios billetes de á veinte pesos, que arrojó al suelo al lado de las onzas.

—¿Conformes? —preguntó.

—De ningún modo, —dijo el Presidente de la Cámara, —falta el cuarenta por ciento del cambio.

—¡Qué cuarenta! —exclamó López, picado, —abonaré el veinticinco. ¿Conformes ahora?

—Ni tanto ni tan poco, —dijo el Ministro; —¡vaya, eche otro mugriento de á veinte, y queda partida la diferencia!

Hízolo así López, y sin decir palabra volvió á tomar la bola. Aquella jugada, por su singularidad y por el monto de las apuestas, llamaba la atención de todos. El General iba á perder de seguro; eso creían y eso deseaban unánimemente los concurrentes, pues, conociendo lo codicioso de su anfitrión, encontraban gracioso hacerle perder en un segundo la suma apostada. Hasta los estudiantes, á quienes nada les iba en el gallo, se habían interesado en el juego.

Los presentes formaron un vasto semicírculo en torno del jugador; el primero de la derecha era el Ministro; con las piernas un poco separadas y con aire indolente, dirigía la vista, ya al jugador, ya á la mesa, ya á los palos, frunciendo ligeramente el entrecejo, como si se entregara á silenciosos cálculos.

A su izquierda se destacaba, arrogante y casi provocativa, la persona del señor Gobernador; se erguía como un huso, tenía metidos en los bolsillos del pantalón los cuatro

últimos dedos de las manos, dejando fuera los pulgares, que sacudían el paño con movimientos nerviosos; tenía el puro en la boca, y por sus labios vagaba una sonrisa casi despreciativa, como si tuviese por imposible que López derribara aquellos palos, de los que tan lejos anduvo la bola tirada por él.

A la izquierda del Gobernador estaba el Presidente de la Cámara, luciendo su relamida figura de *dandy* trasnochado; estaba en la postura que llaman los bailarines, primera de boleras, apoyaba en la cintura la palma de la mano izquierda, y jugaba negligentemente con el bastón, que sostenía entre los dedos índice y medio de la mano derecha.

A su izquierda veíase la menguada figura del señor Guerrero, tenía las manos en la cintura, movía ligeramente la cabeza á un lado y á otro, y la atención con que miraba la mesa hacía resaltar más lo encorvado de su espina dorsal.

A la izquierda de Guerrero, y separados por cierto intervalo, estaban los estudiantes; sus trajes averiados y maltratados botines, contrastaban con el lujo un tanto ostentoso del apuesto Presidente, y con lo bien vestido del amable anfitrión.

No asesta el anteojo con tan nimio esmero el astrónomo que sondea las celestes anchuras, ni el buen artillero determina su punto de vista con tanto cuidado, como tan esmerada y cuidadosamente fijaba su puntería el audaz López, centro en aquel momento de todas las miradas, y objeto de los pensamientos todos.

Sereno, astuto, sagaz, movíase con cautela, clavando

la vista en los erguidos palos, como si de magnetizarlos tratara. El cuerpo, inclinado hacia adelante, descansaba sobre la pierna derecha, algo doblada; echaba hacia atrás la pierna izquierda, y el brazo derecho, en cuya mano sostenía la bola, se balanceaba con la regularidad de un péndulo.

Después de un minuto de inmensa ansiedad fué arrojada al fin la oscura bola. Rodó perezosamente y como de mala gana, produciendo un rumor sordo; parecía mal dirigida, no fué soltada en la línea media de la mesa, sino á la derecha, casi en el borde; al principio de su carrera la pesada mole se inclinó notoriamente á la izquierda; con algunas pulgadas más que hubiera seguido en aquella dirección se habría caído y el tiro se perdía.

Mas la bola, como si tuviera voluntad propia, al llegar al borde del abismo, cambió de rumbo y se inclinó á la derecha. Nueva ansiedad, no parecía posible que llegara á los palos, se inclinaba poco hacia la derecha; ya sólo faltaban algunas varas y la bola aun no pasaba la línea media de la mesa. Pero como si aquella masa inerte hubiera estado dotada de percepción, muy cerca ya del fin de su carrera, torció más á la derecha, apresuró el perezoso curso, oyóse un chasquido seco. Los dos palos habían caído.

—¡Hurra! ¡Bravísimo! ¡Soberbio!—exclamaron todos.

Oyéronse palmadas ruidosas, rompióse el semicírculo; el General, radiante, volvióse á los espectadores y exclamó:

—¡He ganado!

—Y bien ganado, ¡carambola!—dijo el Gobernador,—

por el gusto de ver una bola así, doy por bien empleadas mis tres onzas. Esto merece una copa.

—¡A tomarla y luego á comer!— dijo López, mientras recogía los sucios billetes y las limpiás onzas, al mismo tiempo que decía para sus adentros: «Ya reembolsé los gastos del banquete.»

CAPÍTULO XI

Seguimos en el Tivoli

Si la mesa no estaba deslumbradora, se presentaba agradable. Cubrídala un mantel muy blanco, había cuatro platos en cada costado y uno en cada cabecera; había en cada plato una copa grande de figura cónica, cubierta por planchada y encarrujada servilleta, artificiosamente dispuesta en forma de alcatraz; delgada cinta tricolor se ataba en la parte media de la servilleta, y en el ápice del cono, que esta última figuraba, estaba implantado un ramillete de malvaviscos, geráneos y heliotropos.

En medio de la mesa se erguía una fuente de dulce, sustentada por graciosos arbotantes de caramelo; á los lados de la fuente había búcaros con artísticos ramilletes, que fingían montañas de hermosas flores, dispuestas en elegantes y vistosos círculos; allí lucían los pensamientos sus pétalos aterciopelados y de color vario, distintas variedades de rosas hacían ostentación de sus ricas corolas, derramando tenue fragancia; por aquí y por allí las gentiles flores del «no me olvides» salpicaban, como turquesas esparcidas, la superficie del multicoloro ramillete; y

los heliotropos, semejantes á aterciopeladas larvas, enrollaban su corva *inflorescencia*. Un capullo de rosa blanca, que coronaba los *bouquets*, fingía la nivea cima de aquellas montañas de flores.

En torno de cada plato brillaban, como cristalina corte, cinco copas diversas en tamaño y figura. Abrían las champañeras la ancha abertura, mostrando el poco profundo fondo; las de Sauterne proyectaban sobre el mantel manchas purpúreas; las grandes copas de agua atraían la mirada hacia su abultado y brillante vientre.

Delante de cada convidado, y apoyada en la copa grande, que, cubierta por la encarrujada servilleta, estaba en el centro de cada plato, había una gran tarjeta doblada en dos. Era el *menú*, como se dice en la ridícula jerga de los banquetes. En medio del frente de la tarjeta, con caracteres azules, leíase: «Banquete, ofrecido al señor Ministro de..., y al señor Gobernador H., por el General Juan López;» en la cara interior, y también con caracteres azules, estaba la lista de los manjares, bautizados con caprichosos nombres franceses.

En las paredes del *kiosco*, en que se había dispuesto la comilitona, había chillonas pinturas, que pretendían representar las cuatro estaciones del año; largas ventanas con rústicas vidrieras ofrecían franco paso á la vívida luz del sol de Mayo, que, dorando con sus fulgores los brillantes objetos de aquel recinto, producía vivos reflejos y encendidos matices.

De pie el General López, en la puerta del kiosco, ofrecía galantemente el paso á sus invitados. Condujo al señor Ministro hasta el lugar de honor, que estaba en el